

Francisco de Asís
Entre historia y memoria

André Vauchez

Traducción de
Manuel Amunárriz Urrutia y José Pedro Tosaús Abadía

E D I T O R I A L T R O T T A

CONTENIDO

<i>Siglas y abreviaturas</i>	11
<i>Nota a la traducción</i>	15
<i>Agradecimientos</i>	16
<i>Prólogo</i>	17

Primera parte ESBOZO DE UNA BIOGRAFÍA (1182-1226)

1. Francisco de Bernardone	29
2. Hermano Francisco	69

Segunda parte MUERTE Y TRANSFIGURACIÓN DE FRANCISCO (1226-1253)

3. Convertirse en san Francisco (finales de 1226-1230)	213
4. La «segunda muerte» de Francisco (1230-1253)	235

Tercera parte IMÁGENES Y MITOS DE FRANCISCO DE ASÍS DESDE LA EDAD MEDIA HASTA NUESTROS DÍAS

5. Lecturas medievales de Francisco (siglos XIII-XV)	271
6. Francisco, entre historia y mitos (siglos XVI-XX)	331

Cuarta parte LA NOVEDAD FRANCISCANA

7. La experiencia de Dios	363
8. Una nueva relación con la Escritura: el espíritu de la letra	373

9. Francisco, la naturaleza y el mundo	387
10. Francisco y la Iglesia: el carisma en la institución	403
11. El Evangelio en el mundo: una mutación de la antropología religiosa	421
12. Un mediador cultural en los orígenes de una nueva sensibilidad	441
<i>Conclusión.</i> Francisco, ¿profeta para su tiempo... o para el nuestro?	457
<i>Cronología</i>	475
<i>Bibliografía</i>	479
<i>Índice de nombres</i>	487

PRÓLOGO

¡Otra Vida de Francisco de Asís!, podrá tal vez exclamar alguien al abrir este libro. Son muchas las que ya existen, y su figura nos resulta muy conocida, familiar incluso: ¿quién no ha oído hablar de este santo que amaba la pobreza, predicaba a los pájaros y fue el primer estigmatizado? Escribir una biografía es una empresa legítima cuando permite rescatar del olvido a un personaje que en vida desempeñó un papel importante, o bien rehabilitar la figura de un hombre o una mujer incomprensidos o maltratados por los autores que se han ocupado de ellos. Francisco no pertenece a ninguna de estas categorías. Desde hace mucho tiempo es célebre y reconocido universalmente como una de las grandes figuras espirituales de la humanidad: así lo ha puesto de manifiesto una vez más, en tiempos recientes, el hecho de que representantes de las principales religiones se reunieran en Asís, en 1986, convocados por el papa Juan Pablo II, para rezar por la paz y reflexionar juntos sobre los medios para alcanzarla en nuestro mundo. Sin embargo, pese a la notoriedad de Francisco y de su ciudad natal, no es seguro que muchos de nuestros contemporáneos —salvo en Italia, donde sigue siendo una figura popular— sepan realmente quién fue. Numerosos autores que se han interesado por él, tanto en el pasado como en la actualidad, han tratado sobre todo de edificar a sus lectores presentándolo como un modelo ejemplar, o de transmitir la emoción, incluso el entusiasmo, que en ellos había suscitado algún aspecto de su fascinante personalidad. Más recientemente, otros autores le han consagrado ensayos brillantes, a veces nacidos de una

intuición luminosa —como *El Bajísimo* de Christian Bobin¹—, o centrados en el estudio del contexto social y cultural —como el *Francisco de Asís* de Jacques Le Goff²—, pero sin la pretensión de ofrecer una visión de conjunto de su existencia y su mensaje. Y no podemos dejar de mencionar, aunque sea a modo de recordatorio, las numerosas películas, más o menos novelescas, consagradas al Pobre de Asís, en las que se ha intentado reconstruir su vida presentando sus episodios principales. Con raras excepciones —como el espléndido *Francisco, juglar de Dios* del cineasta italiano Roberto Rossellini (1950)— son poco más que una ficción o una ilusión, pues la búsqueda retrospectiva de coherencia es falsa cuando echa mano de la imaginación para colmar las lagunas existentes en la documentación y transforma en destino unidireccional un pasado singular marcado, como el de todos los seres humanos, por la indeterminación y la discontinuidad. Estas deficiencias se deben al hecho de que, muy frecuentemente, quienes se han interesado por Francisco de Asís no han acudido a las numerosas y variadas fuentes que podían consultar o las han utilizado de manera inadecuada. De hecho, el desconocimiento de la especificidad de las fuentes hagiográficas y la negativa a abordarlas desde una perspectiva comparativa han conducido con demasiada frecuencia a los biógrafos de Francisco de Asís a tejer una especie de *patchwork* en el que han juntado informaciones procedentes de escritos de inspiración y épocas diferentes. Y de esta manera, la imagen, en gran medida artificial, que brota de tales combinaciones más o menos arbitrarias refleja la visión subjetiva de sus autores, más que el ambiente de la época en que vivió el Pobre de Asís.

Uno de los principales problemas que plantea la biografía de Francisco estriba en que cada autor cree conocerlo suficientemente bien como para poder interpretarlo a su gusto y, por otra parte, en que su personalidad es tan rica que puede dar pie a «lecturas» variadas. En él se celebró durante siglos al asceta y al estigmatizado, al fundador de una gran orden religiosa y al paladín de la ortodoxia católica. Posteriormente, desde finales del siglo XIX, se le

1. Ch. Bobin, *El Bajísimo*, El Gallo de Oro, Barcelona, 1997.

2. J. Le Goff, *San Francisco de Asís*, Akal, Madrid, 2003.

consideró sobre todo como un héroe romántico, partidario de un cristianismo evangélico y místico aplastado por la institución eclesiástica. En la actualidad se privilegia la imagen del defensor de los pobres, del promotor de la paz entre los hombres y las religiones, del hombre amante de la naturaleza, defensor y patrono de la ecología, o incluso la del santo ecuménico en el que pueden reconocerse los protestantes, los ortodoxos y hasta los no cristianos. Se podría decir que cada uno tiene su Francisco, lo mismo que Paul Valéry hablaba de «(su) Fausto» reivindicando así el derecho a interpretar a su manera ese gran mito literario. Sin duda tal situación, que, por otra parte, atestigua la importancia del personaje y la fascinación que no ha dejado de ejercer sobre los espíritus, resulta inevitable. Ciertamente responde al carácter poliédrico, incluso polisémico, de la personalidad del santo de Asís, que se refleja en la variedad de las fuentes que nos permiten conocerlo. Pero hace que el historiador, ante tal confusión, se sienta incómodo y deje voluntariamente en manos de divulgadores la tarea de redactar síntesis poco satisfactorias desde el punto de vista científico y que, salvo en algunos detalles, no hacen más que repetirse. Por otro lado, el historiador se muestra aún más inclinado a refugiarse en la erudición y la investigación «pura» debido a que la historiografía reciente muestra una gran desconfianza frente a la posibilidad real de una reconstrucción biográfica del personaje de Francisco, para muchos inalcanzable en el estado actual de nuestros conocimientos.

Sin embargo, Francisco no es un mito ni un personaje legendario, aunque en la Edad Media se escribieran sobre él muchas leyendas, y no hay razón para que se le siga considerando más inaccesible que sus contemporáneos san Luis y Federico II, que han sido objeto de biografías notables de cuyo carácter histórico nadie duda. Ciertamente, gracias a Henri-Irénée Marrou sabemos que la objetividad absoluta no existe en este ámbito y que pretender conocer las cosas «tal como ocurrieron realmente» es una ilusión. Pero el problema del biógrafo, si quiere ser historiador, no es renunciar a la subjetividad, pues la biografía, como la historia, se escribe en el presente y refleja las expectativas de la propia época. Es obra de una persona que pertenece a un tiempo, a un entorno y a una cultura que determinarán necesariamente la manera de abordar los

temas de estudio. El autor de este libro es muy consciente de estos condicionamientos: se interesa por Francisco porque durante mucho tiempo ha vivido y trabajado en Italia, y ha visitado con asiduidad Asís y la Umbría; ha podido comprobar el profundo impacto del franciscanismo en ese país, donde ha contactado con numerosas personas para quienes el Santo de Asís sigue siendo una referencia viva. Como medievalista, ha consagrado sus investigaciones a la historia de la santidad y al estudio de los textos hagiográficos —leyendas y recopilaciones de milagros— que constituyen lo esencial de la documentación que poseemos para conocer la figura del *Poverello* (Pobrecillo). Pero el hecho de reconocer los factores que pueden haber influido en él no se contradice con la búsqueda de un verdadero rigor metodológico: el historiador, incluso (y sobre todo) cuando declara lo contrario, está necesariamente implicado de alguna manera en los temas que estudia; pero esto no le impide realizar con honradez su trabajo o, mejor, su «oficio de historiador», según la feliz expresión de Marc Bloch, tomando cierta distancia frente a todas las leyendas, doradas o negras, y abordando el estudio de la documentación más amplia con la máxima objetividad, pues lo cierto es que «no tenemos nada mejor que el testimonio y la crítica del testimonio para acreditar la representación histórica del pasado»³. Al mismo tiempo debe tener la humildad de no pretender decirlo todo ni saberlo todo sobre la vida y la personalidad de su héroe, sabiendo reconocer que ciertos aspectos —y no pequeños precisamente— se nos escapan o permanecen oscuros. En efecto, dado que la documentación relativa a Francisco incluye, como veremos, ciertas lagunas, siente la fuerte tentación de colmar esos vacíos recurriendo a conjeturas, dando a su existencia una unidad y una lógica de las que por supuesto carecía. El historiador debe también tener cuidado de poner el acento en la evolución de su héroe, y de no ocultar sus dudas y sus contradicciones, si se diera el caso. Esta tarea es especialmente complicada, pues los textos hagiográficos que nos hablan del Pobre de Asís tienden a hacer abstracción del contexto temporal y a presentar su existencia

3. P. Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, Trotta, Madrid, 2010, p. 372.

en forma de relato ejemplar en el cual el individuo cuenta menos que el personaje. Sin embargo, en su obra sobre san Luis, Jacques Le Goff ha mostrado con claridad hasta qué punto las fuentes medievales contemporáneas de su héroe, pese a sus lagunas y su orientación, son fundamentales para comprender cómo se construyó la imagen del soberano⁴. De igual modo, en el caso de Francisco es importante analizar con precisión las primeras etapas de la atormentada génesis de su memoria histórica, así como las interpretaciones, a veces contradictorias, de las que fueron objeto su persona y su proyecto a lo largo de los siglos que siguieron inmediatamente a su muerte, e incluso más tarde. Si bien la documentación de que disponemos no nos permite, salvo en raras ocasiones, llegar al Francisco «auténtico», tal como fue en su existencia, sí que pone claramente de manifiesto el considerable impacto que tuvo sobre sus contemporáneos y las generaciones siguientes. En consecuencia, la presente obra no se presenta como una biografía clásica, que va desde el nacimiento hasta la muerte de su héroe; junto a la descripción de las principales etapas de su existencia terrena, dedica un amplio espacio al estudio de su destino después de su muerte y al impacto de su mensaje a lo largo de los siglos; en resumen, a todo cuanto se designa con el término *Nachleben* («pervivencia»). Porque el principio no lo decide todo, y la verdad es inseparable de su transmisión. La historia del Pobre de Asís no se detuvo el día de su muerte, e incluso cabe afirmar que, en cierto sentido, Francisco ha conocido una segunda vida en este mundo tras haberlo dejado. Así, el Francisco «histórico» —el único que nosotros podemos captar— es el resultado de lo que transmitió de sí mismo en sus escritos y, a la vez, de las diversas percepciones que sus contemporáneos, y todos cuantos se han interesado por él a lo largo de los siglos, han podido tener de su persona y su experiencia.

El planteamiento crítico que nos esforzaremos por aplicar en este libro no pretende arrojar sospechas —como es moda en la actualidad— sobre un personaje admirado universalmente, y menos aún poner en tela de juicio su grandeza desde una perspectiva iconoclasta. Por el contrario, tiende a tratar de encontrarlo en lo que

4. J. Le Goff, *Saint Louis*, Gallimard, París, 1996.

tiene de diferente respecto a nosotros: no un Francisco precursor de los tiempos modernos, o el héroe poético de una fusión armónica entre el hombre y la naturaleza, sino un personaje que vivió en la Italia comunal, entre finales del siglo XII y comienzos del XIII, y de cuya existencia nos esforzaremos por rastrear cuanto tiene de única. El peor escollo para un historiador es, ciertamente, el anacronismo: al pretender por encima de todo que el Pobre de Asís se parezca a nuestro presente, con el pretexto de hacerlo accesible e interesante a nuestros contemporáneos, corremos el doble riesgo de distorsionarlo y de perder de vista tanto sus rasgos originales como las cuestiones decisivas concretas de su vida. Como bien dijo Peter Brown, «nunca debemos leer a san Agustín como si fuera nuestro contemporáneo». Actualizar a Francisco, como a menudo se hace, no es más que una manera encubierta de hablar de nosotros mismos fingiendo hablar de otra persona⁵. Así que ante todo vamos a intentar situarlo en su época, sin alimentar la ilusión de encontrar al Francisco de Asís que recorría con un puñado de compañeros andrajosos los caminos de la Umbría, y cuya vivencia se nos escapará siempre. La principal dificultad estriba en reconstruir para el lector actual un mundo que nos resulta ya extraño y hacérselo inteligible, pese a la discontinuidad insuperable existente entre sus categorías de pensamiento, sus formas de sensibilidad y las nuestras. Pero solo cuando se realiza este esfuerzo de distanciamiento, resulta legítimo preguntarse en qué puede aún concernirnos la vida y el testimonio del Pobre de Asís.

Pues Francisco, como Jesús o Sócrates, es uno de esos maestros espirituales que cada generación debe volver a hacer suyos, redescubriéndolos mediante la reflexión, el estudio y la confrontación de las enseñanzas procedentes de ellos con su propia experiencia. Como sucede con ellos, nadie puede apropiarse del Pobre de Asís, hasta el punto de que él se une a los hombres, más allá de sus respectivas creencias, en la búsqueda de un modelo de humanidad y de sabiduría. Además, su historia continúa fascinándonos e implicándonos a cada uno, en la medida en que dicha historia encarna de

5. P. Brown, *Agustín de Hipona. Una biografía*, Taurus, Madrid, 2025, pp. 477 ss.

manera ejemplar el conflicto entre la experiencia creativa, independiente en su origen de toda observancia normativa, y la exigencia de una institucionalización que asegure la supervivencia del carisma fundacional, aun cuando distorsione algunos rasgos esenciales del proyecto original. Nos encontramos aquí ante una tensión dialéctica que es fundamental en la historia del cristianismo y de la Iglesia, pero que desborda la esfera de lo religioso y atañe a todos los movimientos e ideologías que, por decirlo con palabras de Péguy, comenzaron como «mística» para terminar en «política». No podemos dejar de citar, sin embargo, la famosa frase del mismo autor: «¡Tienen las manos puras, pero no tienen manos!», que permite medir la vacuidad, en este ámbito, de ciertas respuestas simplistas.

Si bien el hecho de escribir una nueva biografía de Francisco encuentra desde esta perspectiva una justificación suficiente, para que el esfuerzo merezca la pena, seguiría siendo necesario poder decir algo nuevo a este propósito. Este es el caso hoy en día gracias a la profunda renovación que ha marcado los estudios franciscanos en los últimos cuarenta años, particularmente en Italia, propiciada por los trabajos de numerosos filólogos e historiadores cuyas investigaciones han hecho progresar mucho la comprensión que cabe tener de la vida del Pobre de Asís. Esta afirmación tal vez parezca sorprendente, dado que la mayoría de las fuentes con que trabajamos actualmente se conocen desde hace mucho tiempo, y, puesto que no ha habido ningún descubrimiento sensacional en este ámbito, cabe preguntarse de dónde procedería la novedad. Sin embargo, si bien el corpus de textos en que se basa nuestro conocimiento de Francisco no se ha enriquecido mayormente en el curso del último medio siglo, las nuevas ediciones de dichos textos, y sobre todo el progreso en la reflexión crítica, han permitido datarlos y situarlos mejor en relación con los demás. Porque, como ya hemos dicho, el trabajo del historiador no consiste en yuxtaponer las informaciones provenientes de documentos diversos, colocándolas en un mismo plano y fuera de contexto, sino en establecer entre las fuentes una jerarquía fundada en la proximidad a los acontecimientos que refieren, en la calidad de los autores y en la intención que guio su redacción.

Durante mucho tiempo se ha soñado con descubrir, escondida en algún manuscrito oculto, la vida «auténtica» de Francisco,

vida que habría podido escribir uno de sus compañeros más próximos, concretamente el hermano León, que fue su secretario. Hoy en día sabemos, sin lugar a dudas, que este texto —aun en el caso, poco probable, de que hubiera existido con estas características— no se va a encontrar nunca, y los investigadores, en lugar de perderse en esta búsqueda sin esperanzas y destinada al fracaso, se dedican sobre todo a establecer el valor probatorio de cada una de las fuentes conocidas que nos hablan del Pobre de Asís y a aclarar su significado histórico. Pero sus trabajos siguen resultando, en buena medida, inaccesibles para los no especialistas, que la mayoría de las veces ni siquiera saben de la existencia de tales trabajos. Por este motivo me ha parecido que, tras una rica época historiográfica, había llegado la hora de la cosecha y era el momento de ofrecer al gran público culto las adquisiciones de los estudios recientes que nos permiten (e incluso nos obligan) a hablar de Francisco con un lenguaje nuevo. Los autores son demasiado numerosos para poder mencionarlos aquí; el lector encontrará sus nombres en las notas a pie de página y en la bibliografía situada al final de este volumen. No obstante, quiero reconocer una deuda particular con dos difuntos: Raoul Manselli, quien me inició *verbo et opere* en la historia del franciscanismo con ocasión de mis estancias romanas, y el padre Théophile Desbonnets, quien mantuvo y enriqueció la tradición de los estudios franciscanos en Francia, en una época en que este campo era muy poco cultivado. En el ámbito de la historiografía italiana, a la que tanto debo, deseo conceder, sin embargo, un puesto particular a Giovanni Miccoli y a Grado Merlo, que son sin duda, entre los autores vivos, los que con sus estudios más han contribuido a renovar el acercamiento histórico a Francisco y al franciscanismo medieval⁶.

6. R. Manselli, *San Francesco d'Assisi. Editio maior*, San Paolo, Milán, 2002; T. Desbonnets, *De la intuición a la institución. Los franciscanos*, Ediciones Franciscanas Arantzazu, Oñati, 1991; G. Miccoli, *Francisco de Asís. Realidad y memoria de una experiencia cristiana*, Ediciones Franciscanas Arantzazu, Oñati, 1994; G. G. Merlo, *En el nombre de Francisco de Asís. Historia de los Hermanos Menores y del Franciscanismo hasta los comienzos del siglo XVI*, Ediciones Franciscanas Arantzazu, Oñati, 2005.